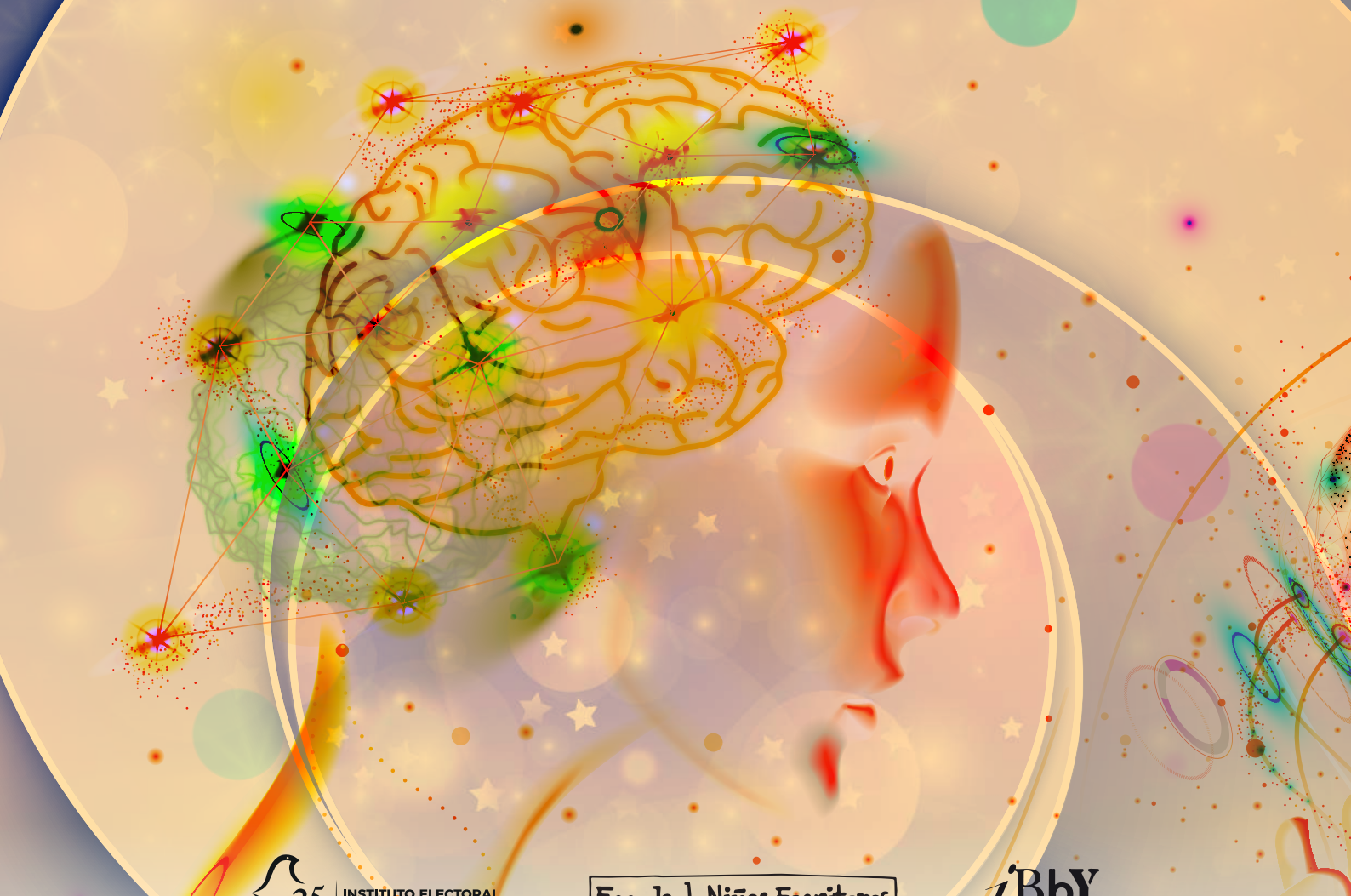
Cuentos de jóvenes para jóvenes

Cuentos ganadores del 16º Concurso Infantil y Juvenil de Cuento



25 AÑOS INSTITUTO ELECTORAL CIUDAD DE MÉXICO
FORTALECIENDO LA DEMOCRACIA

Escuela de Niños Escritores

iBBY MÉXICO

EMBAJADA DE ESPAÑA EN MÉXICO | aecid | Cooperación Española CULTURA / MÉXICO

CENTRO CULTURAL DE ESPAÑA EN MÉXICO

fundación sm

CIDCLI

25 AÑOS

INSTITUTO ELECTORAL
CIUDAD DE MÉXICO

FORTALECIENDO LA DEMOCRACIA

CONSEJO GENERAL DEL INSTITUTO ELECTORAL DE LA CIUDAD DE MÉXICO

Consejera presidenta:	Patricia Avendaño Durán
Consejeras y consejeros electorales:	Carolina del Ángel Cruz Erika Estrada Ruiz Mauricio Huesca Rodríguez Sonia Pérez Pérez Ernesto Ramos Mega Bernardo Valle Monroy
Secretario ejecutivo:	Bernardo Núñez Yedra

REPRESENTANTES DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS ANTE EL CONSEJO GENERAL

Partido Acción Nacional:	Andrés Sánchez Miranda, propietario Juan Dueñas Morales, suplente
Partido Revolucionario Institucional:	Enrique Nieto Franzoni, propietario Christian Omar Castillo Triana, suplente
Partido de la Revolución Democrática:	Arturo Emiliano Rosas Ortega, propietario
Partido del Trabajo:	Ernesto Villarreal Cantú, propietario Benjamín Jiménez Melo, suplente
Partido Verde Ecologista de México:	Yuri Pavón Romero, propietario Dafne Rosario Medina Martínez, suplente
Movimiento Ciudadano:	Natalia Dahi Barajas Rangel, propietaria Horacio Salomón Abreu García, suplente
Morena:	Eduardo Santillán Pérez, propietario Carlos Yael Vázquez Méndez, suplente

DIPUTADAS Y DIPUTADOS INVITADOS PERMANENTES DE LOS GRUPOS PARLAMENTARIOS DEL CONGRESO DE LA CIUDAD DE MÉXICO

Partido Acción Nacional:	Diego Orlando Garrido López, propietario Aníbal Alexandro Cañéz Morales, suplente
Partido Revolucionario Institucional:	Maxta Iraís González Carrillo, propietaria Ernesto Alarcón Jiménez, suplente
Partido de la Revolución Democrática:	Gabriela Quiroga Anguiano, propietaria
Partido del Trabajo:	Circe Camacho Bastida, propietaria María de Lourdes Paz Reyes, suplente
Morena:	Yuriri Ayala Zúñiga, propietaria

DIPUTADAS Y DIPUTADOS INVITADOS PERMANENTES DE LAS ASOCIACIONES PARLAMENTARIAS DEL CONGRESO DE LA CIUDAD DE MÉXICO

Asociación Parlamentaria Alianza Verde Juntos por la Ciudad:	Javier Ramos Franco, propietario José Martín Padilla Sánchez, suplente
Asociación Parlamentaria Ciudadana:	Royfid Torres González, propietario Daniela Gicela Álvarez Camacho, suplente
Asociación Parlamentaria Mujeres Demócratas:	Elizabeth Mateos Hernández, coordinadora
Asociación Parlamentaria Izquierda Liberal:	Jorge Gaviño Ambríz, propietario

Cuentos de jóvenes para jóvenes

Cuentos ganadores del 16° Concurso
Infantil y Juvenil de Cuento

CIUDAD DE MÉXICO • 2024

Dirección Ejecutiva de Educación Cívica y Construcción de Ciudadanía
Gustavo Uribe Robles, encargado del despacho

Autoras y autores:
Génesis Marián Pedroza Martínez, Ana Joaquina Borges Fernández, Santiago Xerónimo Quevedo Pérez, María Fernanda Reyna Arana, David Alexandro Pérez López y Beatriz Rodríguez Loredo

Jurado calificador
Alberto Partida Coellar, Ana Graciela González González, Clara Jeanette De la Peña Doormann, Claudia Muzzi Turullols, Daniela Acevedo Erdman, Gisela Guadalupe Santibáñez Calderón, Gretta Penélope Hernández Ayala, Katia Coellar Arellano, Leonardo Flores Moran, Lorena Rosales Toledo, Ma. Magdalena Castro Noriega, María de los Ángeles Trujillo Guerrero, Roxanna Loraine Erdman Lango, Valeria Santos Flores y Verónica Sandoval

Organización
Rosamar Luna García, jefa de Departamento de Educación Cívica IV • Miguel Ángel Rodríguez Martínez, auxiliar de servicios

Edición
Coordinación: José Luis García Torres Pineda, coordinador editorial
Supervisión: Kythzia Cañas Villamar, jefa del Departamento de Diseño y Edición
Diseño, formación e ilustración: Sandra Laura Zaldívar Gama, supervisora de grupo "B"
Corrección de estilo: Oscar Jordan Guzmán Chávez, supervisor de grupo "B"

Primera edición, agosto de 2024
ISBN: 978-607-8605-78-1

D. R. © Instituto Electoral de la Ciudad de México
Huizaches 25, Rancho Los Colorines,
Tlalpan, 14386, Ciudad de México

www.iecm.mx

Hecho en México
Publicación electrónica de acceso gratuito, prohibida su venta
Lo expresado en esta obra es responsabilidad exclusiva de quien lo escribe

Índice

Categoría 2
(De 12 a 14 años)

El jardín de Zyanya 7
Génesis Marián Pedroza Martínez

Un sueño de amor 13
Ana Joaquina Borges Fernández

Primer experimento: la vida, el universo y un derecho fundamental 17
Santiago Xerónimo Quevedo Pérez

Categoría 3
(De 15 a 17 años)

Tlecaxitl 23
María Fernanda Reyna Arana

Todo por un sueño 35
David Alexandro Pérez López

Cuidado de la mente 41
Beatriz Rodríguez Loredo



Categoría 2
Primer lugar

El jardín de Zyanya

Génesis Marián Pedroza Martínez

Este jardín es demasiado grande a pesar de la multitud que se ve alrededor. Todos hablan al mismo tiempo, aunque murmurando; es raro, nunca había escuchado tantos murmullos juntos.

A lo lejos, mis primos juegan con mis amigos. No tenía idea de que pudiesen llevarse tan bien, nunca se me hubiera ocurrido presentarlos, parecen tan diferentes unos de otros; bueno, en realidad, si no fuese por este acontecimiento, eso no hubiera sido posible porque como siempre mis padres no me hubieran dado permiso, me hubieran llenado de pretextos, de regaños, y yo me hubiese sumergido en un llanto profundo ante la impotencia. Entonces, creo que fue lo mejor.

Este jardín es muy grande…, tranquilo a pesar de la cantidad de gente reunida. No todos vienen al mismo evento, cada quien tiene su celebración, pero hay algo en común que los une aun sin conocerse.

Yo estoy un poco alejada de toda esa multitud, nunca me ha gustado estar rodeada de tantos adultos ni de tantos niños, me

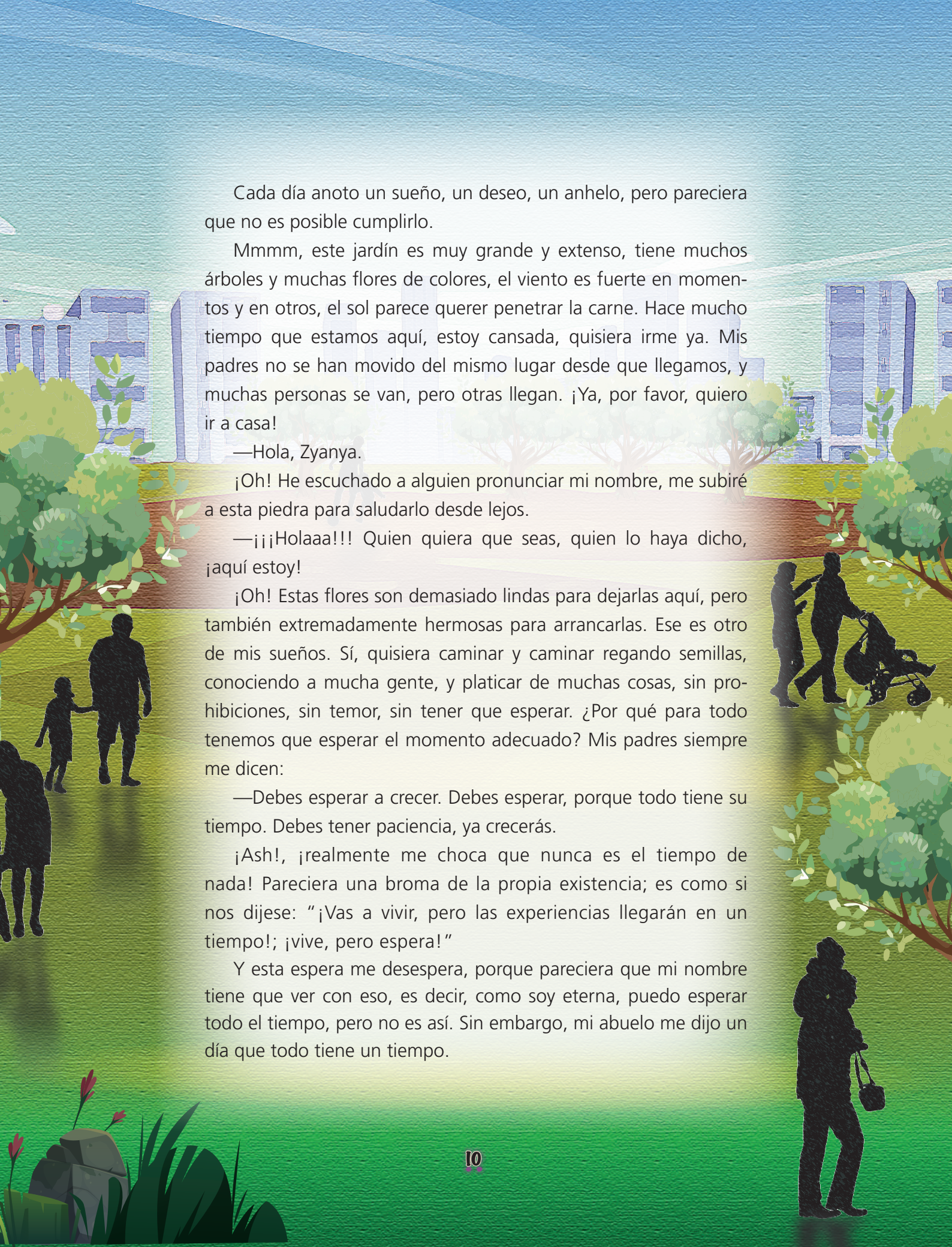
gusta mi espacio, y me enfurece que toquen y aprieten mis cachetes, y que comiencen a describirme todo lo que he crecido mientras mis amigas y primos me ven con envidia y admiración. Todo es raro, hoy en particular, no sé por qué…

Me llamo Zyanya; mi madre me dijo que significa *eterna* en lengua maya, y mi padre siempre me dice que le gusta el sonido lento de mi nombre, porque pronunciarlo le otorga templanza.

A mí en verdad me encanta, porque a las personas les cuesta trabajo decirlo, ¡je, je! Realmente me divierte escuchar cómo su lengua se enreda entre el juego de la *y* con la *a*.

Tengo 11 años y demasiados sueños para los pocos años que he vivido; sin embargo, de cada 10 sólo puedo realizar uno y en ocasiones ninguno, ¿qué, cómo es eso?, muy fácil, tengo un cuadernito donde anoto las cosas o situaciones que deseo vivir, y y tienen poco que ver con lo material, por ejemplo, te leeré algunos:

- Tener en diversas partes de la ciudad una biblioteca enorme, grande, gigante, llena de colores, donde pudiésemos ir las 24 horas del día.
- Poder jugar en las calles sin miedo.
- Poder ir todos los niños de una colonia a la misma escuela sin pensar en que pertenecemos a clases sociales diferentes.
- Me encantaría que los niños que viven en orfanatos pudiesen vivir entre toda la comunidad, para que no tuviesen que estar solos, sin hermanos, sin padres y así todos les daríamos abrazos, y cuidaríamos de ellos cuando les diera miedo la oscuridad.
- Que no hubiese viejitos trabajando, ni abandonados; yo haría una enorme granja con pequeñas cabañitas, ahí vivirían todos los viejitos para que se hicieran compañía y se relajaran cuidando a los animalitos, entonces, habría muchos perritos y gatitos acompañados y con casa. Así, nadie estaría solo.



Cada día anoto un sueño, un deseo, un anhelo, pero pareciera que no es posible cumplirlo.

Mmmm, este jardín es muy grande y extenso, tiene muchos árboles y muchas flores de colores, el viento es fuerte en momentos y en otros, el sol parece querer penetrar la carne. Hace mucho tiempo que estamos aquí, estoy cansada, quisiera irme ya. Mis padres no se han movido del mismo lugar desde que llegamos, y muchas personas se van, pero otras llegan. ¡Ya, por favor, quiero ir a casa!

—Hola, Zyanya.

¡Oh! He escuchado a alguien pronunciar mi nombre, me subiré a esta piedra para saludarlo desde lejos.

—¡¡¡Holaaa!!! Quien quiera que seas, quien lo haya dicho, ¡aquí estoy!

¡Oh! Estas flores son demasiado lindas para dejarlas aquí, pero también extremadamente hermosas para arrancarlas. Ese es otro de mis sueños. Sí, quisiera caminar y caminar regando semillas, conociendo a mucha gente, y platicar de muchas cosas, sin prohibiciones, sin temor, sin tener que esperar. ¿Por qué para todo tenemos que esperar el momento adecuado? Mis padres siempre me dicen:

—Debes esperar a crecer. Debes esperar, porque todo tiene su tiempo. Debes tener paciencia, ya crecerás.

¡Ash!, ¡realmente me choca que nunca es el tiempo de nada! Pareciera una broma de la propia existencia; es como si nos dijese: "¡Vas a vivir, pero las experiencias llegarán en un tiempo!; ¡vive, pero espera!"

Y esta espera me desespera, porque pareciera que mi nombre tiene que ver con eso, es decir, como soy eterna, puedo esperar todo el tiempo, pero no es así. Sin embargo, mi abuelo me dijo un día que todo tiene un tiempo.



Este jardín ya no me parece tan grande. Conforme ha ido bajando el rayo del sol, me parece cada vez más familiar, quizá porque he subido y bajado todas esas enormes y pequeñas piedras, quizá porque he tomado las flores y las he colocado en otros lugares. El punto es que he ido y venido, y mis padres siguen ahí sentados, tomados de la mano escuchando las mismas palabras en diferentes voces.

Muchos de mis amigos se han ido y los escuché a los lejos despedirse de mí. Oh, me dio un poco de pena no estar con ellos, pero andaba brincoteando por el otro lado del jardín.

Ya no queda tanta gente, y el jardín me parece un poco pequeño.

Mamá por fin se ha levantado; uf, pensé que ya no quería salir de aquí, y papá se ha levantado también. ¿Es tiempo de irnos?

—¿Papá, ya nos vamos?, oh, ¿papá?, ¿qué haces con mi libreta de sueños en la mano?

—Escucha —dice papá a mamá—, son los sueños de Zyanya:

Número 1: visitar Egipto.

Número 2: poder distribuir las actividades a lo largo del día sin un horario fijo.

Número 3: poder abrazar un elefante.

Número 4: cantar en un escenario grande lleno de gente (sólo para saber qué se siente).

Número 5: cada día todas las personas darán un peso para comprarles una casita a la gente sin hogar.

Número 6: vivir sin miedo.

Ahora sí papá se ha pasado, me ha robado mi libreta de sueños, y los ha pronunciado; ya no podrán hacerse realidad, bueno, eso dicen todos los cuentos de hadas que he leído a lo largo de mi vida: no cuentes tus sueños porque ya no se realizan. El jardín parece cada vez más pequeño.

La gente que se encontraba en los otros ejes también comienza a irse, mis padres, abuelos, y algunos amigos, comienzan a recoger las cosas.

—Vámonos.

Cuántos sueños anotados y no he podido cumplir ninguno, ¿acaso no es eso injusto? Ese debería de ser uno de nuestros derechos y deberes.

¡Tener el derecho y el deber de cumplir nuestros sueños!

Sí, yo promulgo el nuevo derecho para los niños, niñas, adultos y abuelitos:

¡Tener el derecho y el deber de cumplir nuestros sueños!

El jardín es demasiado pequeño…, pero acogedor. Mis padres me han colocado en una pequeña casita y me han tapado con una cobija gris. Se han despedido de mí y yo también me he despedido de ellos.

Tengo un poco de sueño, aquí no se escucha el tic-tac de mi habitación, aquí toda la Creación es Zyanya, Eterna.

Aquí el jardín es demasiado grande y demasiado pequeño. Aquí se comprende que el tiempo exacto para los sueños es el momento en el que surgen, porque nadie merece desvanecerse antes que hacerlos memoria y recuerdo.

Este jardín es excesivamente grande y desmedidamente pequeño.

Tengo mucho sueño; la noche llega, todos se han ido, incluso yo comienzo a irme.

Todo es silencio, sólo se escucha el último sonido de mi voz arrullarme al decir:

¡Nadie merece morir sin haber cumplido sus sueños, por eso, yo promulgo que toda la humanidad debe tener el derecho y el deber de cumplir sus sueños!

Categoría 2
Segundo lugar

Un sueño de amor

Ana Joaquina Borges Fernández



Recuerdo cómo mi voz pasó de ser fuerte como el rugido de un león a temblorosa y pequeña, como el rechinar de una puerta. Aún recuerdo los pasillos oscuros que muchas veces parecían interminables, siempre inundados por lágrimas. Recuerdo las sábanas verdes que, aunque me calentaban por las noches, no se comparaban a los cálidos cariños de mamá. Recuerdo el día en el que llegué a este lugar, pensando en que sería algo provisional.

"Cuando mamá mejore, me iré de aquí", pensaba esperanzado. Pero mamá nunca mejoró. Y si lo hizo, nunca volvió.

Ella era mi mundo y, en mi mente, yo era el suyo. Por lo mismo, se me hacía imposible imaginar que un día ya no volveríamos a estar juntos, que un día dejaríamos de ser una familia. Lo tenía todo muy claro: estudiaría y conseguiría un mejor futuro para mí y para ella. Dicen que las cosas pasan por algo, pero aún años después me cuesta entender el porqué de todo.

El día en el que todo cambió se quedará incrustado en mi memoria. Acababa de salir de la escuela. Estaba emocionado porque había sacado 10 en el proyecto al que le puse tanto esfuerzo. Me dirigí rápidamente a casa, para compartir las buenas noticias con mamá. Al llegar, todo parecía de lo más normal. Cada cosa se encontraba tal y cómo la dejé. La cocina aún conservaba el olor al desayuno de esa mañana y los sartenes todavía se mantenían sucios, pero mamá no se encontraba por ninguna parte.

—Mamá, ¿en dónde estás? —pregunté ingenuamente, esperando con ansias su respuesta.

Al no ser correspondido, agitado, subí las escaleras. Cuando entré a su cuarto, la vi. Vi cómo sus manos rosadas, con las que antes me mostraba la magnitud de su afecto, se tornaban azules y frías. Vi cómo sus ojos acogedores con los que me miraba con tanto amor lentamente perdían todo tipo de vida y sentimiento. Vi cómo una mujer tan perspicaz y decidida como ella perdía el sentido de la razón. La sirena de una ambulancia suena y me suben a un vehículo policial. Un mar de lágrimas corre por mi cara. Tan pronto como me subí, me bajo para llegar a un lugar desalmado que llamaría "hogar" durante los siguientes años.

1, 2, 3, 4, 5, 6, 7…

Me he vuelto experto contando. He contado una y otra vez los 203 azulejos que conforman el piso de mi cuarto; las 22 literas y 44 burós; la cantidad de juguetes feos y desgastados dentro de él; hasta he llegado a contar cuántos niños han ido y venido por

esas puertas oxidadas. Cien. Éramos 100 niños dentro del orfanato cuando recién llegué. Pronto 100 se convertirían en 70, 50, 20 y, finalmente, en uno. He perdido la esperanza de nuevamente encontrar el "amor de madre", pero no siempre fue así.

44, 45, 46, 47, 48…

Habían pasado meses desde mi llegada. Al principio, tenía ideas alocadas de lo que sería el regreso de mamá, pero esas ideas rápidamente desaparecieron. Me di cuenta sobre lo poco útiles que resultaban mis lágrimas y aullidos en mi búsqueda de ella. Comencé a acostumbrarme a mi nueva realidad, para nada parecida a la que antes tenía. Mi mente pronto se enfocó en otra meta: la adopción. ¿Y por qué no debería hacerlo? Las monjas del orfanato solían contar historias sobre lo felices que llegaban a ser aquellos que lograban ser acogidos por una nueva familia. Una nueva oportunidad, exactamente lo que necesitaba. Estaba decidido. Tarde o temprano sería adoptado y sería nuevamente amado.

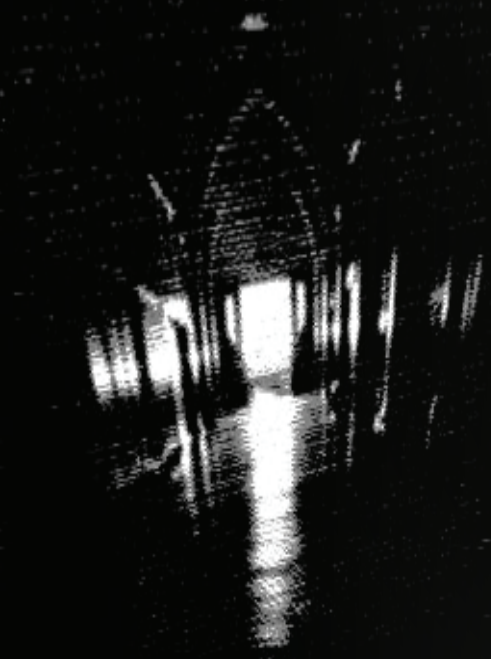
78, 79, 80, 81, 82…

Muchas familias iban y venían. Ninguna solía tomar interés en mí, pero yo suponía que era porque no estaba poniendo suficiente esfuerzo. Recuerdo que cada vez que sonaba el timbre de la puerta, corría y ponía una sonrisa tan grande que hacía que me ardieran las mejillas a más no poder. También, solía peinarme con una cantidad de gel que pondría en vergüenza a cualquier estrella de cine. En contraste, a Clara no parecía importarle nada. Se creía mucho por su cabello rizado y ojos azules. Ella era una niña de lo más desagradable. Siempre tenía el ceño fruncido, nunca sonreía y nunca platicaba con las parejas que venían a visitarnos. Aun así, siempre lograba ser el centro de atención por su belleza, y aunque no me considero feo, nunca pude competir con ella. Clara, Lucía, Íker, Carmen… todos igual de antipáticos, pero que lograron lo que yo no: ser adoptados.

96, 97, 98, 99.

Noventa y nueve niños. Noventa y nueve familias diferentes y ninguna me quiso. Comprendí que no importaba cuánto esfuerzo pusiera. Los recién nacidos no tenían dicha habilidad, y eran constantemente bienvenidos y aceptados con los brazos abiertos. Pero ¿entonces qué sí importa?, ¿no bastaba con querer ser amado?, ¿no era suficiente desear una familia? Por el simple hecho de ser niño, qué, ¿no merezco tales cuidados?, ¿no merezco el derecho de ser amado?

Las monjas constantemente tratan de animarme, pero ¿de qué me sirven sus palabras endulzadas? Al igual que yo, saben que han pasado 737 días, dos primaveras y 17 688 horas desde que alguien ajeno al orfanato ha puesto pie dentro. Dos años. Dos años aferrándome con las pocas fuerzas que me quedaban a un sueño absurdo; sin embargo, últimamente me estoy dando cuenta de que dicho "sueño" no es nada más que eso: un sueño. Al final, deshecho, dejo de buscar lo que antes tanto anhelaba: el amor de una madre.



Categoría 2
Tercer lugar

Primer experimento: la vida, el Universo y un derecho fundamental

Santiago Xerónimo Quevedo Pérez

"Hay una teoría que afirma que si alguna vez alguien descubre exactamente para qué es el Universo y por qué existe, éste desaparecería instantáneamente y sería reemplazado por algo mucho más raro e inexplicable. Hay otra teoría que afirma que esto ya ha sucedido."

DOUGLAS ADAMS

(autor de Guía del autoestopista galáctico, Dirk Gently *y otras obras)*



Los universos se confunden. Las personas se convierten en otras, paralelas a sí mismas, espejo tras espejo que deforma y transforma espacio y tiempo, en transcurrir de segundos.

¿Cómo lograr que $E = mc^2$ se convierta en una realidad tangible? Al parecer encontré al fin la manera de viajar por los diferentes multiversos. Quizá de convertir el presente y el futuro en unidad que nos precede y que coincide con un pasado intercambiable. Mis padres duermen, estoy preparado. Voy a la cama. Abro mi celular, presiono la aplicación que diseñé para mi transformación multiversal. Se escucha una música tranquila que va degradándose en un ruido blanco. Mi cerebro reacciona a las ondas alfa. De pronto me siento caer en un abismo sin final y escucho: "¿Serán las voces de mí mismo convertido en otros?" Con mi aplicación he podido grabar esas voces que parten de mi verdadero presente y cambian, como si yo fuera otras personas. Las transcribo en este reporte…

—Hora de elegir. Estoy por terminar la secundaria. Alcancé un promedio de 9.6 porque no soy muy bueno en Educación Física. En lo demás no me fue nada mal. Papá me llevó a una feria educativa en el centro de la ciudad, un lugar lleno de jóvenes y padres curiosos. Nos mostraron un sinfín de posibilidades sobre quiénes podríamos ser en el futuro. Casi todas las opciones las conocía bien. Algunas me interesan: médico, biólogo, físico, incluso matemático (adoro las matemáticas), pero otras son nuevas para mí. Me sorprendió descubrir especialidades que ni siquiera imaginaba: neurocirujano, microbiólogo, ingeniero en ciencias de datos, ingeniero en inteligencia artificial… Tengo demasiadas preocupaciones.

Ya elegí la preparatoria a la que entraré, una de las más prestigiosas de la ciudad, aunque mis padres necesitan hacer algunos esfuerzos extra para pagar mis colegiaturas. No los decepcionaré, pero aún el futuro parece difícil de descifrar. En mi casa me presionan para que tome decisiones que afectarán el resto de mi vida. A veces, cuando veo a los niños ricos con todas las oportunidades del mundo, me pregunto si seré capaz de competir en esta realidad donde parece que sólo los que tienen más dinero y más influencias llegan lejos.

(Reacciono de manera consciente: es mi yo actual el que habla, no encuentro cambios radicales en esta experiencia inicial…)

—Hora de elegir. Estoy por terminar la secundaria. Alcancé un promedio de 9.6 porque no soy muy bueno en Educación Física. En lo demás no me fue nada mal. Mi papá me llevó a su trabajo, una fábrica de productos de limpieza en las afueras de la ciudad. Me mostró las posibilidades, si sigo su camino, sobre cómo puedo emplearme en el futuro: ser un buen obrero. En la fábrica, el olor a detergentes llenaba el aire mientras observaba a los empleados realizar su labor. Sé que mi destino está trazado, seguiré los pasos de mi papá. No está mal, supongo. Al menos tengo trabajo seguro, y eso es más de lo que muchos pueden esperar. Pero me pregunto: ¿no debería haber algo afuera de todo esto? Algo que me permita elegir mi propio camino, seguir mis sueños. A veces, cuando veo a los chicos con oportunidades, aquellos que pueden soñar con carreras diferentes a la de sus padres, me pregunto si no merezco algo así también.

(Me miro al espejo. Mi rostro es el mismo. Aun así, noto rasgos más duros, llenos de dolor y fuerza…)

—Hora de elegir. No logré terminar la secundaria. Ni siquiera podría adivinar mi promedio. Soy muy buen estudiante, pero no en Educación Física. En todo lo demás me habría ido muy bien. Acompaño a mi madre y mis dos hermanitos. Todos somos de El Salvador. Le pido a Dios que algún día pueda yo regresar a la escuela. Debería entrar a la preparatoria. Por lo pronto, vamos a montar en "la Bestia", ese es nuestro presente y nuestro futuro: intentaremos

llegar a Estados Unidos. Ya cruzamos para Huixtla. Nos persiguieron tres policías, tuvimos que correr muy rápido, pero escapamos. Mi mamá es pobre. Yo soy pobre también. Mi papá murió. Quiero sacar adelante a la familia. Yo solo. Sé que podré. En la agarrada del tren al subir uno se equivoca, piensa que la máquina va despacio y ya a la hora de tomarlo va muy recio. Eso me pasó. Me equivoqué, intenté aferrarme con una mano, en la otra llevaba los alimentos para mis hermanitos. Quise subir pronto al tren, me solté y me desplomé. Mi mamá me jaló muy apenas, evitando que cayera entre las vías y las ruedas del monstruo. Todos quedamos golpeados con este accidente y tendremos que esperar otro par de noches para definir nuestro camino. A veces sueño que algún día seguiré estudiando, que entraré a alguna universidad, que seré un gran médico. Luego, regreso al mundo verdadero. ¿Por qué es una cosa tan imposible para nosotros llegar a tener una carrera, ser quien quisiéramos ser?

(Aquí no hay espejos. Sólo memorias de mi vida en otro país, otras circunstancias, un pueblo lleno de violencia, muerte, decepción…)

—Mi amigo Juan es muy listo, pero su familia no tiene mucho dinero. Él también está por terminar la secundaria y se preocupa mucho por su futuro. A veces me siento mal por tener más oportunidades que él. Si pudiera inventar un derecho para niñas, niños y jóvenes, sería el derecho de estudiar en igualdad de oportunidades, ingresar a la carrera que quieres, independientemente de tu situación económica y social. Todos deberíamos tener las mismas oportunidades para elegir nuestro propio camino y alcanzar lo mejor para todos. En un país como México, con tanto talento y potencial, nadie debería sentirse limitado por su origen.

(Las imágenes de mis diferentes vidas en universos diversos se funden, se confunden, se vuelcan en mi memoria como un tsunami de experiencias, emociones, ideas…)



—Mi amigo Carlos siempre ha tenido todo lo que necesita. Él eligió una escuela privada y tiene todas las facilidades para estudiar. Yo, en cambio, estoy atrapado en esta situación. Sueño con tener las mismas oportunidades. Todos deberíamos tener la posibilidad de seguir nuestros sueños y elegir nuestro propio camino. No sólo los que nacen en cuna de oro merecen un futuro brillante.

(Mi consciencia se fragmenta como un espejo roto. Soy desiguales voces en una sola carne que mira con los mismos ojos a todos los mundos confusos que son mi realidad…)

—Sueño con tener una oportunidad, con poder estudiar y aprender. Cada vez que veo a jóvenes que pueden elegir su futuro me lleno de esperanza. Ojalá un día alguien escuche nuestras voces, las de los migrantes, y haga que el derecho a la educación en igualdad sea real para todos, sin importar de dónde vengas. Mientras tanto, seguiré luchando por mis hermanitos, por mi madre y por mí. Éste es un camino incierto. Sólo la fuerza me salvará.

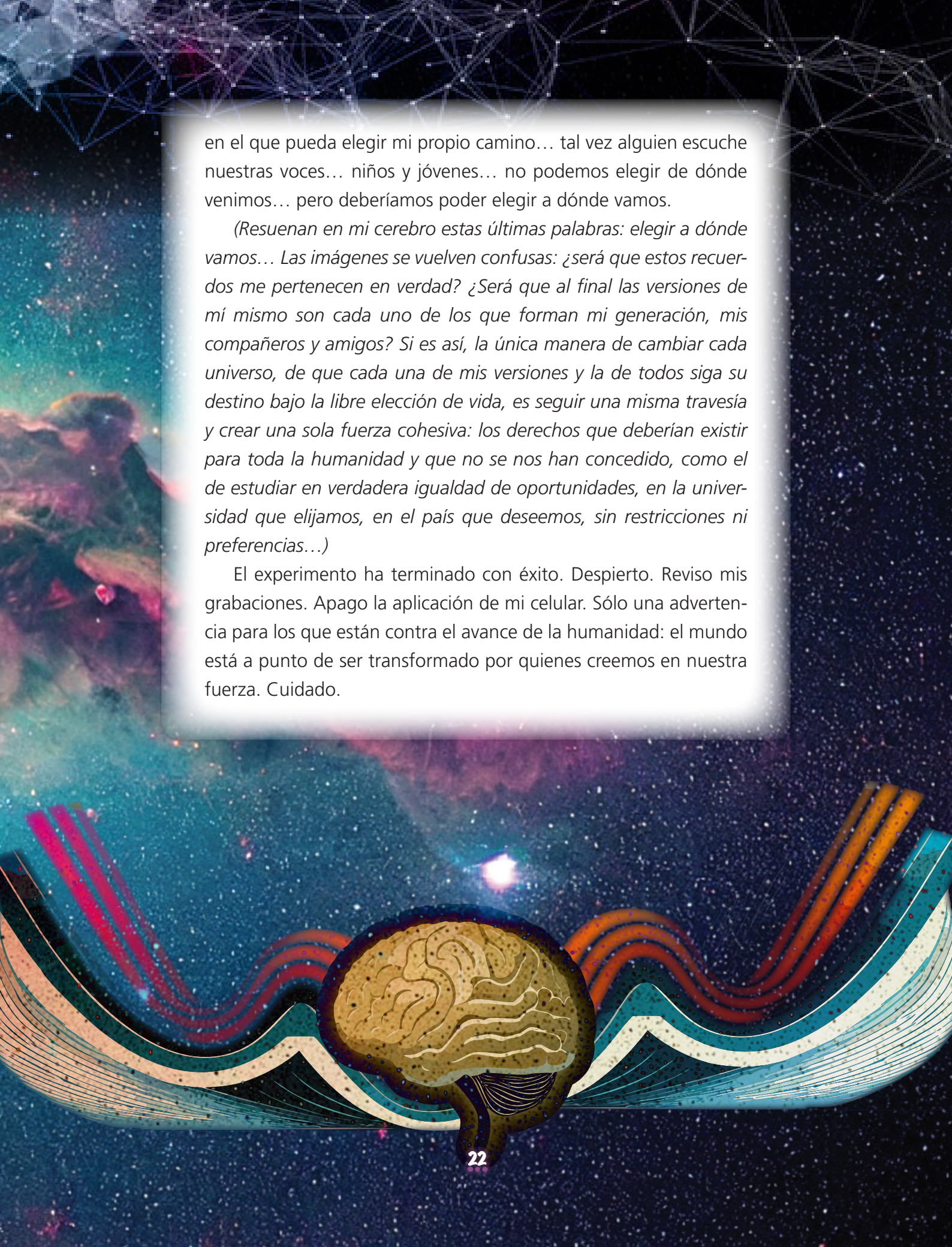
(Ahora se enredan las memorias, los universos múltiples han fracturado sus fronteras y se convierten en un sistema acuoso de espacio y tiempo… Hay un revoltijo de voces e imágenes):

—Algún día… México… niños y jóvenes… igualdad de oportunidades educativas… que este derecho se vuelva realidad… si eres rico o pobre… equidad… libertad de soñar en grande… un futuro

en el que pueda elegir mi propio camino… tal vez alguien escuche nuestras voces… niños y jóvenes… no podemos elegir de dónde venimos… pero deberíamos poder elegir a dónde vamos.

(Resuenan en mi cerebro estas últimas palabras: elegir a dónde vamos… Las imágenes se vuelven confusas: ¿será que estos recuerdos me pertenecen en verdad? ¿Será que al final las versiones de mí mismo son cada uno de los que forman mi generación, mis compañeros y amigos? Si es así, la única manera de cambiar cada universo, de que cada una de mis versiones y la de todos siga su destino bajo la libre elección de vida, es seguir una misma travesía y crear una sola fuerza cohesiva: los derechos que deberían existir para toda la humanidad y que no se nos han concedido, como el de estudiar en verdadera igualdad de oportunidades, en la universidad que elijamos, en el país que deseemos, sin restricciones ni preferencias…)

El experimento ha terminado con éxito. Despierto. Reviso mis grabaciones. Apago la aplicación de mi celular. Sólo una advertencia para los que están contra el avance de la humanidad: el mundo está a punto de ser transformado por quienes creemos en nuestra fuerza. Cuidado.



Categoría 3
Primer lugar

Tlecaxitl

María Fernanda Reyna Arana

"Techo blanco. En realidad, no es blanco", declaré para mis adentros; es de un tono amarillento, con marcas de los años entre las grietas que en época de lluvias dejaba pasar la humedad y el agua.

—Techo blanco —dije en voz alta, apartando mi cobija que había tenido desde los tres años. Tomé mis zapatos rotos y desgastados, me dirigí a la sala; mi madre no estaba, ya había salido a trabajar. Ella, como cualquier otra madre, creía en la posibilidad de que todo cambiara, que yo creciera y que tomara las riendas de una vida incierta e hiciera algo grande con ello.

Con el peso de la mochila continué mi camino hasta mi escuela; era el nuevo ahí, pero no del todo. Había regresado por el último incidente: mi primo Juan había sido víctima del acto más atroz que en mis cortos 15 años pude presenciar, un acto indignante de violencia, un acto que hizo que apretara los dientes hasta que la cabeza me ardiera, un acto "de juego", un acto de *bullying,* un acto de deshumanización. Le prendieron fuego justo frente a mis ojos y no pude hacer nada. Una sencilla razón: por lo diferente de su acento

y por los rasgos en su rostro que lo delataban. *Soy igual que él,* fue esa la causa de la desesperación de mi madre que al llegar a casa y verme sentado en la esquina de mi cama sin poder respirar con normalidad, me apretó en sus brazos y con lágrimas silenciosas lloró conmigo.

—*Yü dängañä dängi bätsi [Eres grande, niño*.]

—¿Y cómo sigue Juan? —preguntó Saúl ya sabiendo la respuesta.

—Sigue en observación; mi tía le llamó llorando a mi mamá, logró librarse de la hipovolemia, de milagro pudimos llevarlo pronto al hospital —respondí mientras me sentaba en la polvosa banqueta.

—Es una lástima que te hayas tenido que regresar a este mugroso pueblo sólo por esos malditos, digo, ya se te extrañaba, pero por culpa de esos desgraciados vas a tener que volver a estas humillaciones.

—Las humillaciones disminuyen aquí. Lo que sí me molesta es que mi mamá tenga que trabajar en el campo otra vez. Ya hasta estaba trabajando en una tiendita y tenía un empleo limpiando para una familia, le estaban pagando bien. Aparte, esos malditos siguen como si nada, sólo los expulsaron. A la desgraciada de la maestra también, sólo le quitaron su puesto. Debiste ver cómo nos trataba. Al Juan lo golpeaba con una regla en las manos, según ella para que se le quitara lo contestón, pero ya lo conoces, siempre estaba sentado sin decir nada —le expliqué a mi amigo y, por fin, pude sacar lo que me había sofocado por días.

—¿Y tus tíos cómo andan?

—Desesperados, apenas si les hicieron caso por lo que pasó. La próxima semana voy a ir a visitarlos, a ver en qué puedo ayudar. Los tratamientos están caros y Juan no va a quedar igual, eso si la libra, ni siquiera creo que él sea el mismo —Saúl se sentó a mi lado. Me miraba con detenimiento, esperando mi siguiente declaración—. Pudo haber muerto, pudo haber muerto y yo no hice nada.

Sentí las lágrimas saladas queriéndose escapar de los ojos; cerré con fuerza la mano, la roca que había recogido hacía unos segun-

dos se encajaba lentamente, pronto comenzaría a sangrar, era lo necesario para distraerme. Dolor con dolor se calma.

—Pues qué podías hacer, si te tenían agarrado entre varios, ¿cómo lo ibas a defender?

La piel ya se me había abierto, aumenté la presión. Una gota de sangre cayó a la tierra, una lágrima rodó por mi piel.

—Lo vi todo desde el principio y me quedé callado, tenía miedo de que nos quitaran la beca, no quería dar problemas, pero lo vi todo desde el principio, vi cómo lo golpeaban y le escupían, creí que pronto se aburrirían de él e irían por el siguiente, me quedé callado, hasta agaché la cabeza cuando la maestra lo humillaba frente a todo el salón.

Escupí, aumentando la presión. Saúl guardó silencio por un momento pero por fin habló:

—No, tenías miedo de que el siguiente fueras tú, ¿y es por eso la razón de tu culpa?

Otra gota, otra lágrima. Ira. Lo tomé del cuello de la camisa llenándolo de mi propia sangre.

—¿Qué estás diciendo?, ¿que dejé que lastimaran por tanto tiempo a mi primo nada más para que no me jodieran a mí?, ¿estás oyendo lo que dices?

Me soltó un golpe.

—Tranquilízate, sólo te estoy tratando de ayudar, conmigo no te desquites, imbécil.

Me llevé la mano al ojo en donde había recibido el impacto; lo miré con una furia incontenible mientras él también me fulminaba. Una sonrisa, risas entrecortadas, nos comenzamos a carcajear.

—Tarado, ya me manchaste mi uniforme, ahora lo voy a tener que lavar. Se supone que me iba a durar hasta el jueves.

—Tú eres el que me dejó un ojo morado, ahora mi mamá me va a regañar, va a creer que estoy tomando los mismos pasos que mi hermano.

Nos volvimos a sentar, ni siquiera me había percatado del momento en el que nos paramos.

—Oye, wey.

Silencio.

—Oye, wey —volvió a decir.

—¿Qué, wey? Sí, te escucho, estoy al lado tuyo, ya sólo dilo.

Silencio.

—Deberíamos ir por esos desgraciados.

—¿Qué? —exclamé desconcentrado.

—Que deberíamos ir por esos malditos, ya sabes, para asegurarnos de que nunca más vuelvan a lastimar a alguien —anunció.

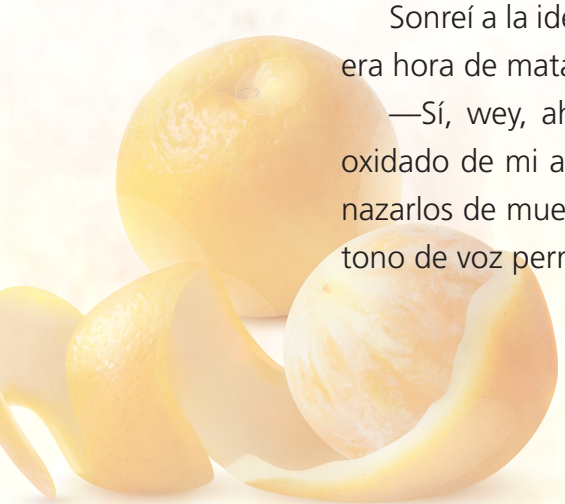
—Estás menso —le aclaré sin más.

—Ey, ey, ey, sólo piénsalo: quemaron vivo a Juan, ni siquiera sabemos si podrá lograrlo, merecen mucho más que una expulsión y ambos sabemos que nadie va a hacer nada. Nosotros no les importamos, lo volverán a hacer y nuevamente nadie querrá frenarlos, terminarán siendo nuestros jefes, los que dirigen este país y nosotros les serviremos, sólo a la espera de nuestra inevitable muerte y por mientras Juan vivirá con medio rostro quemado y tú ni siquiera lo podrás mirar, pues la culpa siempre te atormentará al saber que pudiste hacer algo y no lo hiciste.

Miré sus ojos negros que ahora tenían un brillo que sólo resplandecía cuando me contaba algún escenario hipotético al cual yo sería arrastrado. Recordé la ocasión en la que de niños se le ocurrió arrancar todas las naranjas de un árbol para dárselas a la niña que me gustaba, sólo porque la vio comiéndose una y quería ayudarme a impresionarla. Se cayó del árbol y tuvo una contusión cerebral de la que por poco no despierta. Ahora me daba cuenta de que ese golpe explicaba muchas cosas.

Sonreí a la idea de poder hacer justicia por nuestra cuenta, pero era hora de matar sus absurdas esperanzas.

—Sí, wey, ahorita tomamos el rifle de tu papá y el machete oxidado de mi abuelo y nos vamos en camión a buscarlos y amenazarlos de muerte —proclamé de la forma más sarcástica que mi tono de voz permitió.



—Va, yo jalo, pero mejor nos llevamos una pistola y un cuchillo, lo otro está muy pesado y si nos ven, fácil nos agarran.

Con la cara entumecida me reí; su mano mugrosa me dio una palmada en la cabeza.

—Sólo piénsalo.

Se paró y, tomando su mochila, se fue.

Juan estaba en su lugar. Su cara mostraba indiferencia, pero pude ver cómo su mano temblaba debajo de la mesa. Raúl sentado a su lado riendo con sus amigos se percató de mi llegada y se apresuró a hablar:

—De verdad me sorprendiste cuando intentaste acusarnos; pensé que a éste por fin le crecieron huevos. Lástima que le dijiste a la maestra, a la que le das asco.

Miré con detenimiento la escena, ahora asustado por lo que acababa de escuchar. Lo estaban sujetando con fuerza y mi primo intentaba zafarse.

—Ya no vas a poder hablar.

Raúl sacó una botella de su mochila y al destaparla con los dientes le dio un trago, se levantó de la silla. Más risas. Le derramó el alcohol a mi primo. Uno de ellos le lanzó un encendedor a Raúl. Mi cuerpo comenzó a temblar, las piernas no parecían obedecerme y un zumbido se apoderó de mí.

—No, por favor, ¡no!

Por fin, pude gritar desesperado. Mientras él intentaba desprenderse, corrí hacia ellos, pero dos de sus amigos me tiraron al suelo; sentí un estruendo en la cabeza. Inmovilidad. Ira.

—¡Juan! —grité al borde de las lágrimas. Ira incontenible.

Sus amigos lo soltaron, pero ya era tarde, pues Raúl ya lo había prendido en llamas. Los gritos ahogados y lastimosos de mi primo llenaron toda la habitación, se agitaba salvajemente, peleando por su vida. Volví a gritar, pero no lo suficientemente alto; estaba nublado. La luz, por fin, se apagó al cabo de unos segundos que

a mi parecer fueron una eternidad. Me soltaron; tembloroso me acerqué a su cuerpo que yacía desplomado en el suelo, contemplé su rostro totalmente desfigurado, la piel en carne viva. Grité exasperado, sin poder calmar mi dolor. Y la maldita mirada de Raúl. Sensación de asco. Abrí los ojos, despertando de recuerdos que volvían a mí en forma de pesadilla. Con el corazón en la garganta, me aferré a mi cobija. Mi llanto mezclado con sudor. Eran las cuatro de la mañana. Me volví a recostar en mi almohada, intentando hacer que los círculos pararan. "Techo blanco", pude exclamar con un hilo de voz y, por fin, los lamentos cesaron.

Sonó el teléfono de la casa. Sólo se escuchaba una respiración cortada.

—Tía, ¿está todo bien? ¿Qué pasó? Juan, ¿cómo está Juan? —rogué que me contestara; aun sin decir palabra podía reconocerla. Nada—. ¿Tía, cómo está Juan? —volví a preguntar confirmando la inevitable respuesta.

—Pásame a tu mamá —me ordenó con la voz quebrada pero firme.

—Tía —repetí.

—Lo viste todo y te quedaste callado. Me mataron a mi muchacho, le quemaron su carita, está muerto, Francisco, mi hijo está muerto.

Me senté un momento en el sillón. Tenía clavos en el cráneo que se encajaban una y otra vez en el mismo lugar, pero el llanto nunca apareció, sólo un vacío que parecía estar devorando lo que sea que tuviera en el pecho. Tan ajeno a todo, tan ajeno de todo. Saber que la muerte existe en nosotros, nace en nosotros al nacer, pero tan ajeno. Qué ganas de esperar la muerte con gusto y no con miedo, qué ganas de desaparecer sin morir. Qué ganas de nunca existir. Ahora ni siquiera la tristeza o la justicia eran las que me motivaban, era la vil furia, como nunca antes había habitado en mí. Arranqué un pedazo de papel de mi libreta y me apresuré a escribir una nota: "Mamá, Juan se murió, me voy con mis tíos, no me esperes". Agarré el teléfono:

—Tráete la pistola, ya nos vamos.

El asqueroso calor me carcomía la piel. Aferrado al tubo de metal, noté el semblante sereno de Saúl; frío, sabía exactamente lo que pensaba, pues mi primo había sido como su hermano mayor. Mi cuerpo se transportó unos meses atrás, los dos haciendo unas carreritas en el pueblo, cada quien había apostado algo, el ganador escogería qué.

Miré el pulgar de mi mano izquierda, su anillo resplandecía con el sol; admiré el bello tono plateado y lo envolví con los dedos. Corrimos por el camino marcado por los años, el aire impactando en mi rostro y mis risas que no podía controlar. Al correr me convertía en un niño pequeño. En esa ocasión, por primera vez Juan quedó atrás. Después de haberme entregado lo que posiblemente fuera su más preciada pertenencia, él me contó la historia de cómo lo había encontrado y cómo lo acusaron de ladrón, fue esa la razón por la que jamás se lo quitaba, era suyo y nadie podría hacer nada al respecto.

—Esta vez tú ganaste, enano, pero lo recuperaré. Por el momento sólo me lo vas a cuidar. Más te vale que no le pase nada, ¿entendiste?, me lo voy a llevar a la tumba.

Me sentí raro al verlo sonreír, pero con esa expresión me convirtió en su cómplice. Era hora de regresar el anillo a su dueño.

—¿Crees que tu tía te deje verlo? —Saúl por fin rompió el silencio después de unas horas sin decir palabra.

—No lo sé, pero no verlo no es opción, me tengo que despedir.

—Oye.

Traté de ignorarlo

—No es tu culpa.

Otra vez ese escalofrío.

—No es tu culpa.

Quería que se callara antes de que fuera tarde, cualquier palabra podría desatar la conversación que tanto había evitado.

—Ya lo sé. Por eso te dije que trajeras la pistola —susurré lo que consideré necesario y no volvimos a hablar en lo que quedaba del camino.

Toqué la puerta. Una señora abrió. Mi tía se encontraba sentada en una silla, disociada, sus ojos no mostraban más que martirio.

—Tía, venimos a ver a Juan.

Sin respuesta.

—Mi muchacho —la oí decir en un murmuro.

Caminé despacio hacia la habitación en donde se encontraba ya en su cajón.

—Debiste ser tú.

Sofocante, no podía respirar. Regresé a su lado y la abracé; se resistía pero al final cedió y entre el llanto apreté su cabeza contra mi pecho.

—Mi niño, ese maldito supo que tu madre trabajaba para su familia, pero antes de que te pudiera hacer algo, Juan intervino para que no te lastimaran.

Lo comprendí todo; siempre fui la presa fácil, sin embargo, al que molestaban era a él. Recordé la vez en la que le pregunté a mi primo por qué no se defendía, sólo hubo silencio que asumí era de cobardía. Me odié a mí mismo.

Entré a la habitación que se suponía era la sala principal. Su cabeza estaba vendada, sólo podía ver un poco de sus largas pestañas oscuras. Su cuerpo que antes era delgado se había comprimido, irreconocible. Imaginé que sólo dormía.

—Juan, esta vez tú ganaste, ganaste la carrera. Vine a devolverte tu anillo, te lo cuidé como me pediste —la voz se me quebraba. Tomé su mano tiesa y algo desfigurada, le coloqué su aro plateado en el dedo índice, donde siempre lo llevaba—. Te habría seguido hasta el final, mi amigo, mi hermano. Perdóname, Juan, perdóname por quedarme callado. Sé que me pediste no decir nada, pero no lo voy a dejar así, voy a ir por ese desgraciado y lo haré pagar. Te arrancó tu vida y yo le arrancaré la suya. Nos vemos en el otro lado. Espérame, porfa.

Le di un beso en la frente y le di la espalda a lo que quedaba de mis esperanzas saliendo del viejo cuarto asfixiante.

—Vámonos, ya sé dónde encontrarlo.

Tomé del brazo a Saúl y lo saqué de la casa después de que se despidió. El cielo se tiñó de oscuridad para cuando llegamos.

—¿Ahora qué? Ni siquiera sabemos si está.

—Pues esperaremos hasta que salga o iremos por él a donde sea.

Nos encontrábamos en la esquina del lugar.

—Fran, lo amenazamos y luego nos vamos, ¿y después qué?, ¿qué tal si nos delata?

—Tú fuiste el que me metió la idea y ahora te echas para atrás. No va a tener la posibilidad de decir nada, lo voy a matar.

Antes de que mi amigo pudiera intervenir, vimos a Raúl saliendo y lo seguimos hasta una calle desértica.

—Cuida que no venga nadie —le ordené entre susurros a Saúl.

El filo de la pistola rozaba con la parte de atrás de su cabeza.

—Sabes que lo mataste, ¿cierto? —había una mezcla de terror y furia en el tono de mi voz. Levantando con lentitud las manos se volteó hacia mí—. Hoy en la mañana se murió, dejaste a una madre y a un padre sin su hijo, y ahora vas a pagar.

Sus ojos comenzaron a teñirse de un rojo cristalizado.

—¿Cómo que está…? La maestra dijo que no había sido tan grave, que se recuperaría.

Con más fuerza le clavé la pistola en la cabeza haciéndolo arrodillarse. Los círculos de cólera habían vuelto.

—Y de sólo escuchar eso pudiste dormir tranquilamente, ¿no lo viste revolcándose en las llamas? Tú lo encendiste en el infierno, y ahora te quemarás en él también.

Con una firmeza desconocida mi dedo se colocó en el gatillo, en la espera de un inevitable final que yo estaba dispuesto a escribir. Entonces vi las lágrimas de Raúl.

—No voy a rogar por mi vida —sonreí por la ironía al escuchar sus palabras—. Ya sólo mátame.

Me quedé perplejo por un segundo.

—No vas a rogar porque sabes que no vale tanto. No vale tanto, pero desde el momento en el que Juan se fue, el peso de su vida cayó sobre tus hombros —le grité.

La luna brillaba feroz sobre nosotros. Contemplé la escena: yo, a punto de dispararle y un muchacho frágil, estúpido y lleno de enojo detrás del arma; de pronto vi a Juan en sus retinas, de pronto me vi a mí. Tomé aire como último acto desesperado.

—Ahora es tu obligación vivir la vida que le arrebataste, alguien tiene que hacerlo.

Bajé el arma. No le iba a dar la satisfacción de hacer lo que me pedía ni tampoco me iba a convertir en un asesino.

—No voy a manchar mis manos de tu sangre, matarte no resolvería nada, tendrás que vivir condenado a la culpa hasta que tú solo te salves. Dejaste a una familia incompleta y saberlo será tu peor castigo y no podrás escapar de eso. La muerte para ti ya no es una opción hasta que pagues.

Raúl se agarró la cabeza con desesperación y ya en el piso lloró.

—Viviré por tu primo, viviré la vida que le quité.

—Ya vámonos, Francisco, viene alguien.

No podía moverme, no sabía si me arrepentiría después de mi repentina decisión, pero verlo tirado, cubierto de lágrimas y saliva, me hizo recordar que ni la maldad ni la bondad absoluta existen en el ser humano, sólo la corrupción y la culpa. Le había reclamado la vida de Juan, era mi derecho; su obligación era vivirla y que valiera la pena. Alguien tenía que pagar por los platos rotos. Me metí la pistola en el pantalón, Saúl me jaló del brazo y comenzamos a correr. Corrimos durante minutos, horas, me parecieron años, corrimos huyendo de la cobardía, de la culpa o tal vez nos dirigimos a ella. Mis pulmones ardían pero igual seguí corriendo hasta que llegamos a un baldío en el que nos tiramos al suelo.

Un conjunto de sensaciones me acosaba, pero no podía hacer nada para que todo dejara de dar vueltas. Cerré los ojos con fuerza.

—Tengo la respuesta para la tarea de Formación Cívica y Ética —le escupí con esfuerzo a mi amigo que yacía acostado a mi lado.



Era lo único que se me ocurrió decir para distraerme, tan literal.

—¿Qué?

—La tarea de Formación Cívica y Ética que dejaron en quinto de primaria, la del derecho inventado. Nunca la entregué, porque nunca se me ocurrió nada.

—Ah, ya, a ver, dime.

—Deberíamos tener derecho a desaparecer cuando la vida se pase con nosotros, ya sabes, como cuando te quieres morir pero no quieres ver qué hay más allá —dije sonriendo.

—¿Te refieres a algo así como dormir? Si todos pudiéramos hacer eso, no habría gente despierta —reclamó él con escepticismo.

—Sólo desaparecer y que nadie te pregunte el porqué, tomarte el tiempo considerado y después volver.

—No me gusta tu derecho, no está bien planteado. Yo tengo uno mejor: derecho a reclamar la vida que se tomó para que sea bien vivida en vez de vengada.

Lo consideré por un momento:

—¿Como lo que hicimos hoy?

—Así es, como lo que hiciste hoy.

Fue la primera vez que mencionaba eso a lo que le había buscado una respuesta durante años y en cuestión de segundos mi amigo lo resolvió. Un derecho más daría igual, un derecho más no vale nada si no se respetan los que ya existen, un derecho más es sólo un privilegio para gente como yo, está ahí pero siento su ausencia.

Me gustaría un mundo donde existiera el derecho a escapar de esta realidad, no por siempre, sólo un rato. Donde pudiera dejar de ser yo por un momento, donde pudiera comenzar desde abajo y sin la necesidad de matar o vender cosas ilegales para avanzar. Son curiosas las cosas que uno piensa al estar tirado en la tierra



fría; en vez de eso sentí una calidez inexplicable, me sentí bien recibido, como si en cualquier momento el suelo se fuera a abrir, tragándome y abrazándome de un bocado, como si me llevara a casa, como si pudiera dejar de existir sin morir; sólo estar tirado en la tierra y ser la tierra.

—Polvo soy y en polvo me convertiré —con esfuerzos pronuncié la frase en un susurro y una imagen de mí cuando tenía seis años volvió, el padre formando una cruz de ceniza en mi frente. Apenas en ese momento lo pude entender. Un derecho más. Sonreí con sangre caliente en la boca. "Techo blanco".

Inspirado en el caso real de Juan Pablo Zamorano.

Para que nadie vuelva a manchar sus manos de sangre por buscar su propia justicia. Por un país en que las víctimas no tengan que buscar venganza y las vidas reclamadas sean bien vividas.

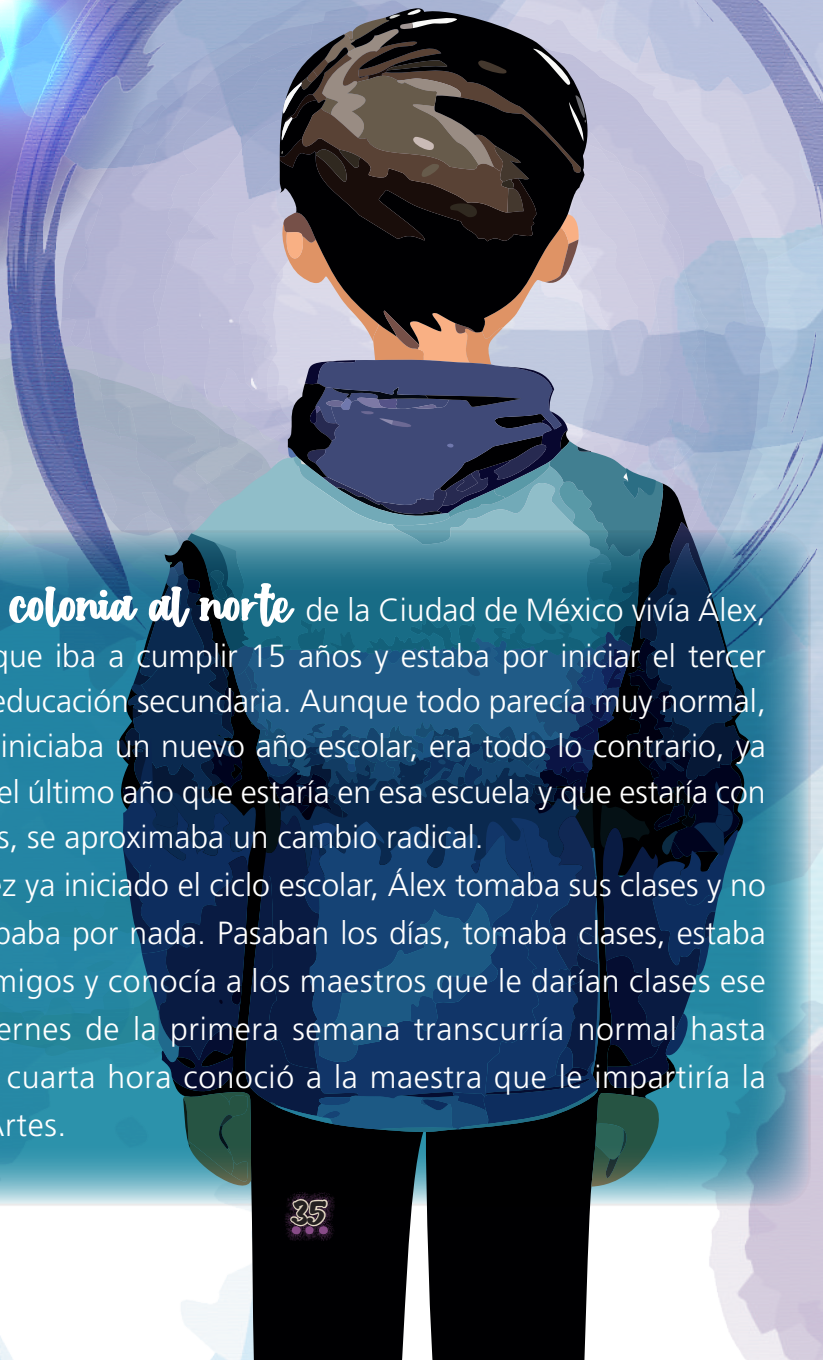
Post scriptum: ***Espero que la gramática de la frase en otomí no esté mal escrita.***



Categoría 3
Segundo lugar

Todo por un sueño

David Alexandro Pérez López



En una colonia al norte de la Ciudad de México vivía Álex, un chico que iba a cumplir 15 años y estaba por iniciar el tercer grado de educación secundaria. Aunque todo parecía muy normal, pues sólo iniciaba un nuevo año escolar, era todo lo contrario, ya que al ser el último año que estaría en esa escuela y que estaría con sus amigos, se aproximaba un cambio radical.

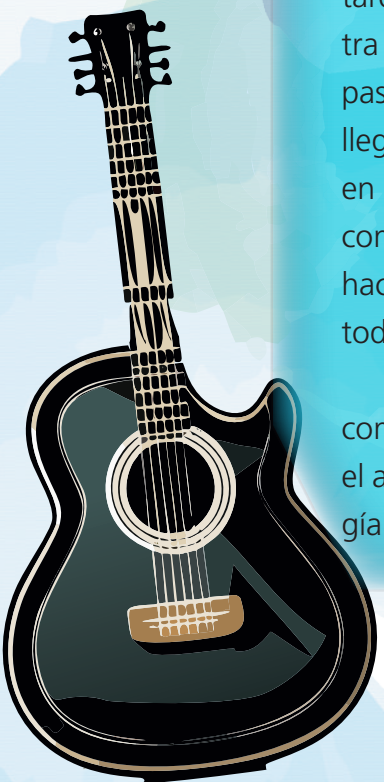
Una vez ya iniciado el ciclo escolar, Álex tomaba sus clases y no se preocupaba por nada. Pasaban los días, tomaba clases, estaba con sus amigos y conocía a los maestros que le darían clases ese año. El viernes de la primera semana transcurría normal hasta que en la cuarta hora conoció a la maestra que le impartiría la clase de Artes.

Álex escuchaba la presentación de la maestra Laura sin mucho interés, pues pensaba que era una clase un poco aburrida, ya que el año pasado con el profesor anterior sólo tomaban dictado y a veces dibujaban. Sin embargo, de repente algo le llamó la atención, la profesora decía que había estudiado música y que este año aprenderían a tocar un instrumento, pero Álex pensó: "¡Rayos! ¡Cómo me voy a ver con una flauta! ¡Prefiero dibujar!" No obstante, todo cambió cuando la maestra propuso que en vez de enseñarles lo típico como la flauta, les enseñaría a tocar la guitarra. Al término de la clase Álex sólo imaginó que se vería como una estrella de rock.

Conforme los días pasaron sus papás le mencionaron que ya lo habían inscrito a clases extras de Matemáticas para que mejorara mucho en esa materia y que, debido a eso, ya no saldría por las tardes a jugar futbol, pues las clases serían diarias. Álex se sintió molesto porque, aunque sólo salía uno que otro día, le gustaba tomar una siesta por la tarde y, con las clases extras, ni siesta ni jugar con sus amigos podría.

Así pasó el primer mes y Álex empezó a estar fastidiado de la escuela y de las clases extras, y pasaba la clase de Química pensando en que, si fuera adulto, no tendría que tomar las clases que sus papás querían y podría jugar con sus amigos o dormir por las tardes. Ese mismo día a la hora de Artes pensaba que la maestra Laura era igual que el maestro anterior, que sólo dictaba y no pasaba nada más. Sin embargo, ese día la maestra Laura, cuando llegó, les pidió que guardaran todo porque irían al auditorio. Ya en el auditorio se encontraban las guitarras; la maestra Laura les comentó que primero debía darles un poco de teoría en lo que se hacían gestiones para lograr el préstamo de las guitarras para que todos sus alumnos pudieran utilizar una en clase.

Cuando Álex tocó la primera nota musical de la guitarra sintió como si un rayo de electricidad recorriera su cuerpo y le encendiera el alma. Por primera vez en semanas algo le había dado como energía o alegría o dios sabe qué cosa, pero era algo muy diferente.



En la primera firma de boletas, Álex con todo y las clases extras de Matemáticas sacó 8 y no el 10 que sus papás querían, razón por la cual lo regañaron y le dijeron que además de las clases extras de Matemáticas, comenzaría a tomar una regularización para el examen que haría para ir a la prepa. En ese momento, Álex se enojó mucho con sus papás porque él no quería ir a otra clase y alterado les dijo que no iría, a lo que ellos le contestaron:

—¡Cuando seas mayor de edad harás lo que quieras, mientras no lo seas harás lo que nosotros digamos!

Por suerte al siguiente día le tocaba Artes y eso significaba volver a tocar la guitarra. Para sorpresa de él mismo, Álex tenía un gran talento, pues de todos sus compañeros parecía ser el único al que no se le dificultaban los ejercicios de digitación. Él estaba muy contento porque cuando hacía esos ejercicios parecía que volaba a otro mundo donde todo era muy diferente. Como el cumpleaños de Álex se acercaba, pensó en pedir una guitarra para esa fecha, pues así podría tener la sensación de transportarse a ese lugar mágico también en su casa.

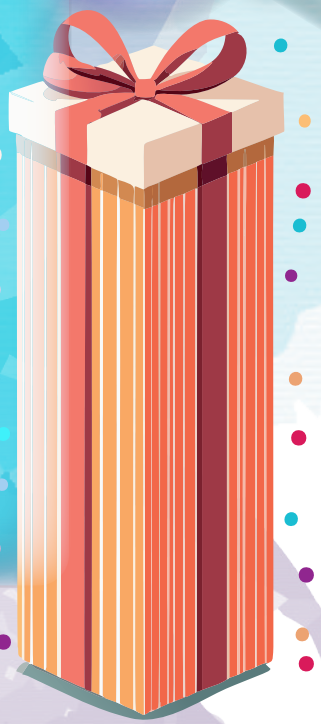
El cumpleaños de Álex llegó y en el sillón lo esperaba una caja enorme y por unos minutos fue muy feliz porque al ver una caja de ese tamaño pensó que era la guitarra que quería. ¡Una lagrimita de felicidad rodó por su ojo! Hasta que lamentablemente comenzó a abrir la caja y se dio cuenta de que en vez de guitarra lo que se encontraba adentro era un rompecabezas matemático. ¡Qué horror!

Además de todo era la cosa más estorbosa y aburrida que había visto. Sus papás estaban muy emocionados explicándole que para unir las piezas debía utilizar desde las operaciones básicas hasta ecuaciones de segundo grado. Álex se sintió defraudado y molesto pues era su cumpleaños y él definitivamente no quería eso.

Demasiado enojado con sus padres les cuestionó:

—¿Por qué decidieron cambiar la guitarra por ese espantoso juego?

A lo que sus papás respondieron que era por su bien, pues no eran épocas de perder tiempo. En ese momento, sus papás le



dijeron que todo iba encaminado para que él se convirtiera en un gran médico y que en un futuro pudiera salvar muchas vidas, así como los médicos que habían salvado a su papá cuando enfermó de Covid.

Álex se desesperó mucho y les dijo que para estudiar una carrera faltaba mucho y que él no había pensado si quería en un futuro estudiar algo de medicina. La discusión terminó, sus papás lo enviaron a su cuarto y ellos se retiraron a su recámara.

Ya en la escuela platicando con sus amigos les preguntó que si ellos ya sabían qué carrera estudiar, a lo que la mayoría de sus amigos le contestaron que a duras penas sabían qué día era y eso porque la maestra de Español y de Formación Cívica los obligaba a poner las fechas. Sólo su amigo Miguel le mencionó que estudiaría lo mismo que su mamá para ayudar en el negocio familiar.

Ese día en clase de formación escuchaba los derechos de las y los adolescentes y le sonaban tan lejanos. En ese momento Álex comenzó a divagar con las notas musicales y cómo sus dedos parecían que tenían magia cuando tocaba la guitarra. Entre notas musicales le llegaba una idea maravillosa: ¿Por qué no existía el derecho de soñar? Álex no se refería al acto de dormir o descansar, él pensaba que si hubiera el derecho de soñar él podría hacer cosas que le gustaban como, por ejemplo, tocar la guitarra y no armar un aburrido "rompecabezas matemático". Si existiera el derecho de soñar, él podría imaginar que en vez de médico podría ser una estrella de rock, presidente, astronauta o algo más. En vez de un curso extra de matemáticas podría tomar clases de guitarra o podría salir a jugar futbol con sus amigos, sin tener el peso de hacer lo que sus padres quieren que sea.

Álex cada día se desesperaba más porque sus padres ya le habían prohibido perder el tiempo en algo que no fuera estrictamente académico, la escuela se había vuelto pesada y cansadas las clases de *mate* y de regularización, espantosas; estaba físicamente ahí pero mentalmente se encontraba "soñando" con ese lugar en donde podría tocar la guitarra o tal vez jugar con sus amigos. ¡Sólo lamentaba que no existiera ese derecho de "soñar"!

Durante el recreo pensaba cuál sería la forma de hacer aunque fuera una sola cosa que le gustara. En primer lugar, pensó en hacer una huelga de hambre y así no tendría fuerzas para ir a las clases extras. En segundo lugar, le cruzó la idea de escaparse de su casa para que sus papás se espantaran. En tercer lugar, consideró que si se portaba mal en la escuela, a lo mejor sus papás verían que la estaba pasando mal y lo dejarían descansar. Finalmente, pensó que ninguna era tan buena idea porque a lo mejor no iba a conseguir que sus papás escucharan si finalmente no lo escucharon con lo que quería de cumpleaños.

Así pasaban los días y se acercaba el festival de Navidad. En la escuela se estaba organizando una muestra artística en donde los alumnos que quisieran podrían ensayar con la maestra de Artes una canción que sería presentada a los padres de familia. Obviamente Álex fue el primero en inscribirse para ensayar una canción con la guitarra, esa idea le había regresado un poco de alegría.

Todos los días en el receso practicaba, cuando faltaba algún maestro pedía ir al auditorio para practicar la canción, en vez de ir a jugar futbol ensayaba en el aire los acordes, ya no tenía nada más en la cabeza, sólo "soñar" que, aunque fuera a ratos, podía hacer lo que quisiera.

Llegó el día de la muestra artística y llegaron los papás; entre ellos estaban los padres de Alex, pensando que en vez de muestra artística podrían haber hecho una muestra de ciencias o mostrado los talentos de los alumnos en materias más importantes. Pasaron los alumnos de primer grado, quienes cantaron un villancico. Los alumnos de segundo realizaron una tabla rítmica y, final-

mente, los alumnos de tercero harían su número. Sin embargo, la muestra de tercero no era grupal, se trataba de un número sólo de guitarra. Nadie se imaginó lo que estaban a punto de escuchar, los acordes comenzaron a sonar envolviendo a cada uno de los asistentes mágicamente. Álex tocaba cada nota del *Romance anónimo* como si de ello dependiera su vida.

Al terminar la pieza todos ovacionaron la interpretación de Álex, sus padres quedaron perplejos con el talento que tenía su hijo, sintieron tristeza porque habían considerado una pérdida de tiempo su interés por la guitarra, además de que habían dejado de escuchar lo que Álex decía. Aunque ellos tenían la mejor intención, no era lo que él necesitaba.

De regreso a casa los padres de Álex le pidieron disculpas por no escucharlo, le comentaron que sólo estaban preocupados por su futuro y que le tenían una propuesta: en vez de las clases extras de *mate* las podría cambiar por clases de guitarra o por las tardes de futbol con sus amigos.

Álex se sintió muy feliz y ahí se dio cuenta de que el derecho a soñar sí existe, si y sólo si cuando soñamos hacemos algo. Los sueños no se deben quedar en la cabeza y tenemos que trabajar por eso que amamos.



Categoría 3
Tercer lugar

Cuidado de la mente

Derecho a la salud mental para los infantes

Beatriz Rodríguez Loredo





Desde niña, la mente humana siempre fue un gran misterio para mí. Mientras que muchas personas a los 13 años aún se encuentran jugando con muñecos o buscando más sobre series para adolescentes, yo recuerdo estar con mi madre preguntándole sobre el porqué de muchos comportamientos, tanto propios como de las personas a mi alrededor.

Años más tarde, esta fascinación e intriga jamás desaparecieron y me orillaron a que la carrera que decidiera para mi futuro fuera ser una especialista en la salud mental, principalmente una psicóloga encargada de asuntos más pediátricos. Aunque mientras estaba estudiando mi carrera me percaté de diversas cosas, como que aun si fuera cierto que era un tema interesante y que me apasionaba, de igual manera a veces me sorprendían y aterraban aquellos casos en la vida real que se relacionaban con cómo el pasado de una persona podía influir tanto en su cerebro para afectarla o beneficiarla en el futuro.

Para realizar las prácticas de mi carrera, decidí que prefería integrarme como la psicóloga y auxiliar de una secundaria de la zona. Por su lado, muchos de mis compañeros decidieron irse a lugares como lo serían algunas prisiones estatales, institutos que se especializa-

ban en tratar a personas con trastornos mentales o a hospitales de manera más general. Pensé que sería mucho más sencillo cumplir mis prácticas en un lugar donde únicamente me encontraba con jóvenes entre 12 a 15 años en lugar de tratar con adultos, cuyas mentes ya eran más complicadas de entender.

La persona que me recibió en aquel lugar fue la directora, Ana María, quien aceptó que trabajara ahí durante ese ciclo escolar, aun si no había terminado oficialmente mis estudios, pero consideraba que era mejor darme la oportunidad de desarrollarme en algo más cercano a lo que quería hacer el resto de mi vida.

—Estoy segura de que los alumnos te van a amar, claro que igual existen ciertos chiquillos que son más desastrosos que otros, pero al fin y al cabo apenas son niños en pleno desarrollo.

La directora era una persona bastante amable y a pesar de eso, su aura era lo suficientemente fuerte para imponer respeto.

Agradecí de manera educada a la mujer y, en cuestión de unos días, yo ya me encontraba organizando las cosas para mi nueva oficina. Mi deber dentro de la institución sería el apoyar a los alumnos que decidieran acercarse a mí por algún problema que estuvieran teniendo y estar al tanto de algún caso excepcional, como lo podría ser un alumno que demostraba un comportamiento extraño o más rebelde de lo usual. Todo apuntaba a que sería un trabajo sencillo para mí, a pesar de la poca experiencia que tenía tratando a pacientes.



Una de las primeras cosas de las que me percaté apenas en la primera semana era que muchos alumnos asistían conmigo simplemente con el fin de saltarse clases; cosas como lo eran platicarme sobre ellos o personas de su entorno social era lo común, aunque esto no me molestaba pues, aun si su principal intención era distinta a la que uno esperaría, es normal que las personas busquen a alguien que les genere confianza como para simplemente sentirse acompañadas durante su desarrollo. Sería sencillo tratar a alumnos que sólo buscaban tener con quien platicar en lugar de tener casos más complejos y problemáticos.

Por esa misma idea me sorprendí tanto cuando una alumna de segundo año se acercó hasta mi oficina, no con la intención de perder sus clases, sino que parecía realmente necesitar a alguien que la escuchara.

—¿Puedo pasar?

Recuerdo que el estilo de la joven era algo fuera de lo normal; parecía que buscaba resaltar entre sus compañeros, pues llevaba un pequeño delineado en los ojos además de varios broches de estrellas en el cabello, pero por su forma de hablar y la postura que estaba tomando, era sencillo deducir que no se trataba de una persona extrovertida que quisiera tener todos los ojos puestos sobre ella.

—Adelante, pasa —le respondí de manera cordial y la chica se sentó en la silla delante de mi escritorio—. ¿Qué puedo hacer hoy por ti?

Pareció que la joven se quedó pensativa sobre si continuar hablando.

—Me siento extraña desde hace unas semanas —dijo después de unos segundos de mantenerse en silencio.

—¿Te sientes extraña en un tema de salud? —la miré confundida durante unos segundos mientras le dedicaba una sonrisa comprensiva al percatarme de que tal vez se refería a otra cosa—. Si tienes algún tema donde quieres que te acompañe a la enfermería por nervios, como lo puede ser tu menstruación o algo de ese estilo, puedes decirme qué es lo que necesitas.

—No, estoy segura de que no es un tema de salud física.

Asentí y la miré atentamente esperando a que continuara hablando.

—Me siento extraña en mis comportamientos.

Esta vez su respuesta me sacó de mi zona solamente mirándola con atención.

—¿Puedes explicarme exactamente a qué te refieres? Si tus palabras no son lo suficientemente claras, no puedo comprender lo que dices.

—Es que ni yo sé cómo explicarlo. Es extraño, es como si mis acciones se hubieran desconectado de mis deseos… —pausó su frase durante unos segundos—. Ejemplo, siempre me he considerado alguien muy empática con mis amigas, pero hoy una me contó que reprobó uno de sus exámenes y sinceramente me dio igual. También, últimamente me he sentido con el deseo de socializar mucho más con mis compañeros, pero a la vez prefiero estar sola por sentir que es mucho mejor para mí…

—Tienes síntomas de depresión.

Tanto yo como la joven sentada delante de mí estábamos sorprendidas por mis palabras; supongo que la chica no esperaba que esa fuera mi primera impresión. Pero yo no esperaba que alguien a su corta edad pudiera sufrir de un trastorno como éste, así que decidí empezar a interrogarla durante un tiempo más

—¿Puedes contarme cuándo te empezaste a sentir así?





Descubrí que Ana Valeria, la chica que se acercó ese día a mi oficina, era una niña que desde muy temprana edad había sufrido de un abandono emocional, aun cuando sus padres se encontraban cerca de ella. Me contó que desde pequeña sus padres pasaban la mayoría del tiempo trabajando pero que intentaban llenar aquella falta de presencia con regalos, pero es normal que aun si tenía todos los regalos y juguetes que pudiera desear, eso no significaba que estuviera siendo atendida, pues ellos no estaban presentes para escuchar sus preocupaciones o miedos, o cuando la escuchaban, no la ayudaban a contener e identificar sus emociones, ya que para aquellos dos adultos era más sencillo simplemente darle respuestas simples como "todo va a salir bien", o "estás exagerando". Y esto fue algo que la chica normalizó durante toda su infancia y ahora preadolescencia. Al ella sentirse abandonada, lo que hizo fue intentar que otras personas no se sintieran de la misma manera, así que con sus amigas siempre priorizó su bienestar antes que tomarse el tiempo para sí misma cuando llegaba a sentir alguna especie de malestar.

Claro que esto no salió en un único día, Vale empezó a asistir a mi oficina algunas veces después de su horario de clases o intentaba acabar primero los trabajos que le encargaban para poder acercarse a platicar conmigo, aunque fueran unos minutos al día.

—¿Por qué no le preguntas a tus padres si aceptan llevarte a terapia? Puedes decirles que es por el estrés de las clases.

La joven llevaba hablando conmigo durante al menos cuatro meses, y aun si era agradable saber que me había convertido en un espacio seguro para ella, me preocupaba que necesitara a alguien que pudiera acompañarla durante más tiempo y con mayor experiencia con pacientes de ese estilo.

—Ya lo he intentado —dijo mientras apoyaba su cabeza entre las palmas de sus manos—. Pero dicen que eso es únicamente para personas que están mal de la cabeza, además de decir que las terapias son bastante caras. Técnicamente se vuelve queja tras queja sobre cómo sería un desperdicio de dinero y de su tiempo.

—Si quieres, puedo intentar ayudarte a convencerlos, creo que podría ayudarte a salir adelante además de que alguien con mayor tiempo de experiencia será quien te sepa dar las herramientas más útiles en tu presente y futuro.

Y con eso en mente, decidí citar a la escuela a los padres de Vale. No me tardé mucho en descubrir que, efectivamente, Vale tenía razón con respecto a sus puntos de vista sobre la ayuda psicológica.

—¿Qué quiere decir con eso? —la primera en hablar después de comentarles la situación fue la madre, quien realmente parecía ofendida—. ¿Usted cree que en verdad ella necesita de un psicólogo? Se le ha dado todo lo que puede pedir.





El padre luego se puso en un dueto con la madre:

—Nuestra hija está perfectamente bien. Ninguno de los dos tiene ni el tiempo ni dinero de sobra como para desperdiciarlo con un loquero. Valeria solamente está siendo una caprichosa que no se da cuenta de todo el esfuerzo que implica tenerla. Mi infancia fue muchísimo más dura que la suya y he estado bien sin tener que pagarle a nadie.

Finalmente suspiré rendida y decidí decirles que lo consideraran, aunque sea en algún aspecto mínimo decidieran verle lo positivo, cosa que sabía que era poco probable, pero era mejor que pasar toda la tarde con dos adultos que ya tenían una idea muy marcada y que, aun en ese tiempo, no iban a cambiar aquello.

Decidí acompañar a Vale durante todo ese año, aunque para cuando había iniciado el siguiente ciclo escolar, sentía como si estuviera abandonando a alguien que necesitaba de un apoyo real. No supe más de ella durante mucho tiempo; aun en la actualidad, no sé de su paradero.

Pero la experiencia de conocerla me ayudó a percatarme de que la salud mental es algo a lo que no se le da la misma importancia que a las enfermedades físicas, todo debido a que no son visibles, pero el daño que pueden generar en una persona puede llegar a ser igual de mortal. Por eso mismo tomé la decisión de empezar a trabajar en un hospital público como ayudante para las

familias cuyos enfermos estaban internados en los hospitales, posteriormente decidí mandar a la Dirección del hospital una petición para que se abriera un espacio dedicado a la salud mental y que de igual forma fuera gratuito, que se tuviera material, como folletos y revistas, para que personas interesadas pudieran tomarlos y leerlos, además de hacer citas con especialistas para que pudieran tener al menos una sesión al mes, pues era consciente de que iba a ser difícil atender a tantas personas, pero era mejor eso a nada.

Para mi sorpresa, el hospital accedió, y con eso logró ser el inicio de algo que fue incrementando con el tiempo, pues muchos hospitales decidieron seguir el ejemplo y ante esto el gobierno de diversos estados de la república empezaron a hacer mayor difusión y a presentar propuestas de leyes que abogaran por la salud mental del pueblo mexicano.

No sé dónde esté ahora aquella chica que conocí en esa secundaria, pero ojalá algún día sepa que su situación inspiró un gran cambio y que la ayuda que ella y muchos más jamás pudieron recibir ahora es posible.



La versión electrónica de *Cuentos de jóvenes para jóvenes. Cuentos ganadores del 16º Concurso Infantil y Juvenil de Cuento* se terminó el 16 de agosto de 2024. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Oscar Jordan Guzmán Chávez, supervisor de grupo "B". Se utilizaron las fuentes tipográficas Frutiger LT Std y Chubby Bunny.

Instituto Electoral de la Ciudad de México
Huizaches 25, Rancho Los Colorines
Tlalpan, 14386, Ciudad de México
Teléfono: 55 5483 3800

www.iecm.mx

